

1

Yo sé que hay que matar, sí,
pero a quién...

Homero Expósito, 1976

Hay días en que el borde de la cama es un abismo de quinientos metros. La repetición continua de cosas que no queremos hacer. Lascano querría quedarse en la cama para siempre o arrojarse al abismo. Sólo si el abismo fuera real. Pero no lo es. Lo único real es el dolor.

Así se siente Lascano esta y todas las mañanas desde la muerte de su mujer. Huérfano de niño, parecía predestinado a la soledad. Marisa fue una tregua de ocho años que la vida le concedió, argumento para seguir viviendo, recreo fugaz que finalizó hace menos de un año, dejándolo nuevamente varado en los bajíos de una isla donde se ganó con justicia su mote: el Perro.

Se lanza al vacío. La ducha le lava los restos del sueño que se van aullando por el sumidero. Se viste, se calza la Bersa Thunder 9 mm en la sobaquera. Se acerca a la jaula, hábitat del pájaro, que es lo único vivo que le quedó de Marisa, y agrega una pizca de alimento en el comedero. Sale a la madrugada desierta. No amanece

aún. La humedad es tal que, siente, podría ir nadando hasta su auto. Las luces y las sombras difuminan espectros en la niebla que todo lo envuelve. Enciende el primer cigarrillo del día.

A medida que avanza, en la esquina, va dibujándose el operativo. Dos Bedford oliva del ejército chicanean la bocacalle. Soldados con Fal y ametralladoras. Un colectivo de línea con las puertas abiertas. Sobre el costado, de espaldas al personal militar, con las manos alzadas, todos sus pasajeros aguardan en silencio el turno de ser palpados y luego interrogados por un teniente con cara de niño feroz.

Lascano cruza con indiferencia. Un recluta mira a su teniente como esperando una orden que no se produce y vuelve a Lascano. Él le responde con una mirada de mando, recta, bien adentro de los ojos, que le hace bajar los suyos. Lentamente despega el amanecer.

Poco antes de llegar al garaje, los camiones militares pasan a su lado. En el primero han cargado a un muchacho y a una chica con vestido de flores que bien puede tener la edad de Marisa cuando la conoció. Le lanza una mirada de fugaz desesperación que le repica en la columna como si le hubieran aplicado los doscientos veinte, y se la traga la niebla. Lascano enfila para la negra boca del garaje. Comienza el día.

La rampa le recuerda, uno por uno, todos los cigarrillos fumados. Mientras el motor del Falcon toma temperatura, enciende el segundo y agarra el radio transmisor.

Quince a base. Cambio. Guau, guau. Cambio. Nos despertamos graciosos. Cambio. Si te hubieras pasado toda la noche acá, vos también estarías graciosos, Perro. Cambio. ¿Qué hay? Cambio. Tenés que presentarte en el Riachuelo. Cambio. ¿Dónde? Cambio. Avenida 27

de Febrero, frente al lago del Autódromo. Cambio. ¿Y? Cambio. Investigá dos cuerpos tirados cerca de la banquina, del lado del río. Cambio. ¿No será un traslado? Cambio. No sé, arreglate. Cambio. Voy para allá. Cambio y fuera.

La primera siempre canta un poco, cada vez más.

Uno de estos días tendré que llevarlo a que le compongan el varillaje, antes de que me deje tirado en cualquier parte.

La comunicación lo pone de mal humor.

A su izquierda, de las aguas del Riachuelo se levanta una bruma química que corrompe el ambiente. Conduce con la ventanilla abierta, como si quisiera castigarse con la pestilencia que brota del río. A través del parabrisas, el paisaje se difumina y reaparece al ritmo de las escobillas. La radio está en silencio, la avenida desierta. Las ruedas, girando sobre el macadán, devuelven un tac tac monótono que tiene algo de ferroviario. Un movimiento, adelante, interrumpe la hipnosis. A la izquierda, una Rural Falcon gira en U. Tiene un bollo en el portón y el plástico de las luces de posición del lado derecho está quebrado. Emite luz blanca en lugar de la roja reglamentaria. Levanta el pie del acelerador. La Rural toma el mismo carril y se aleja a toda velocidad. Llega al lugar de donde salió. Hay una choza de lata y una huella en la tierra entre el pastizal manchado. Se mete por allí unos metros. Unos bultos en el suelo. Detiene la marcha, pone el freno de mano, desciende y los ve: son tres cadáveres. Enciende el tercer cigarrillo. Se acerca. Dos de los cuerpos están húmedos por el rocío. Tienen las

facciones borradas por infinidad de balazos. Los cráneos destrozados. Contiene una arcada. Advierte que se trata de una muchacha y un muchacho jóvenes que visten jeans y pulóveres de cuello alto. El tercero es un hombre alto, de unos sesenta años, fornido, panzón, poco pelo encanecido, viste traje negro y corbata, está seco y tiene un grito salvaje que la muerte le congeló en la boca. No lleva cinturón. Su cabeza está intacta. A la altura del estómago, una gran mancha de sangre le dibuja una flor en la camisa celeste. Muy cerca hay un trozo de plástico rojo que recoge, examina y guarda. Enciende el cuarto cigarrillo y regresa lentamente al auto. Por el camino encuentra el cinturón que sin duda perteneció al muerto. La hebilla está quebrada. Lo enrolla en su mano. Se sienta con las piernas hacia fuera. Toma el micrófono.

Quince a base. Cambio. ¿Ya estás allí? Cambio. ¿Cuántos muertos me dijiste? Cambio. Dos. Cambio. Mandame la fiambarrera, los traslado a Viamonte. Cambio. Ya te la mando. Cambio. Espero. Cambio y fuera.

Se deja caer en el asiento. Termina el cigarrillo y lo arroja por la ventanilla abierta. Comienza a llover. Se incorpora, toma el volante. Pone en marcha el motor y retrocede hasta la avenida para hacerse visible a la ambulancia. Aguarda. Pasa un camión frigorífico. Recuerda unas palabras de Fuseli:

De la muerte de un hijo uno no se cura nunca, es algo con lo que hay que vivir para siempre.

Por experiencia, Fuseli sabe muy bien de lo que está hablando. A Lascano le llamó la atención el comentario, porque su amigo se cuidó muy bien de revelarle que, al